

esta tarde te aburres en voz alta.
no te valen los circos, el teléfono,
la marihuana. te aburres.
quisieras que leopoldo maría panero
estuviese aquí para mirar el mundo por la ventana,
reírse contigo de tanto loco suelto,
tener, simplemente, a alguien a quien pasar el porro.
pero no. te aburres. piensas
por un momento en tanta metafísica
como tiene kant o extremoduro,
en escribir una carta o un poema:
en fin, buscar
una manera digna de perder el tiempo.
pero no.
vas y te sirves un té,
buscas un canal en la tele, la apagas,
te tumbas, te levantas. quizá la salvación
esté en tirarse de cabeza
por el segundo piso, echarse novia, tener un perro,
esperar
que la vida
te tire de una vez por todas
de espaldas contra algo.

hasta hablar de dios se ha vuelto raro.
aparecen a veces trozos,
tirados por la alfombra, de lo que acaso
un día fuimos. hay amor en el cenicero.
pasean los hijos del vecino
por delante de casa y dices: *-mira
aquel, el rubio, iba conmigo a clase.
se licenció hace dos años.-* y se quedan
atrapadas las palabras delante del cristal.
está la casa llena de retazos. hay algo
de tus viajes en el fregadero, los restos de la cena,
los besos de algún naufragio comestible.
dejas que se enfríe el café en la taza,
prefieres agarrarte a lo fácil: descubres
como amenaza el óxido los tubos
de la calefacción, y aunque por un momento
tienes un verso en la boca, presientes que es inútil.
lo dejas. te cambias de vaqueros
a ver si el dolor se queda en el armario.
a estas alturas quieres esquivar la vida,
pero no dejas de tropezar con ella en el pasillo.

puedo hacer que una palabra te duela en la boca
como si comieras despedidas con cristales
o apretases tu alma con los dientes. lo sé.
puedo llenar tus zapatos con chinchetas de espera interminable
o vaciarte como una nevera, sacarte los ojos, la leche,
los filetes de amor ya caducados, el frío...
y de repente, encenderte una luz en el pecho
con sólo abrir los brazos. lo sé.
tú sabes como hacer que crezca el insomnio detrás de mis ojos.
puedes acercar el dolor hasta mi almohada y arrojarme
a base de miedos hasta que me sienta enfermo. lo sabes.
conoces la manera exacta
de que me devore un cáncer dócil por dentro,
de que tenga vértigo y vómitos al ver la casa sola...
y de repente, sabes también como bajarme al ras del suelo
con sólo abrir la puerta. lo sabes.
y aún así, los dos seguimos con este juego violento.
vamos buscando la forma de herirnos, de dejarnos
marca o huella o rastro por la piel. lo sabemos.
corremos a través de los días apostándonos todo el amor
y todo el odio, nos vamos haciendo daño, esperamos
la noche y nos jugamos a cara o cruz la última aspirina.

el tiempo pasa sin decir ni mú.
da igual que tomes la píldora
o te sientes conmigo a compartir este zumo de plátano:
no aprendes nada, pasa.
se va de una manera silenciosa
como esas pateras oscuras que cruzan el estrecho
o el cigarro que ha quemado la mesa.
poco a poco te van doliendo las manos
y dejas de escribir. te encuentras recién casado.
adivinas que has domesticado un perro
cuando lanzas el periódico
y ni siquiera lo mira. el tiempo pasa
por los mapas, por la misa de doce,
por las salas de espera, por la misa de siete,
por la cola del pescado, otra vez
por la de doce... y nada. no dice.
salen los aspersores, el sol,
las muchachas de diecisiete años y se van tus ojos
detrás de cada cosa
hasta la primera esquina. pasa.
pero nada, porque te estas haciendo viejo
y apenas te das cuenta. miras
estrellas que hace millones de años que reventaron.
no lo sabes, pasa,
sin decir ni mú.

viene con ellos la noche,
la pregunta, la huida a ningún lado,
el desencuentro, los problemas. traen tabaco,
dolor y mucha prisa. cuentan
que nunca había sido tan difícil sostener el aire
o amar a cualquier chica...
aprenden pronto
a beber de nuestro vaso. niegan
que se pueda estar bien en ningún sitio.
piden dinero y dejan a deber,
no quieren que dios meta la nariz
entre sus cosas. a veces incluso
hablan de poesía...

quiero morir de fiebre amarilla,
dedicarme a cazar arañas por las bañeras,
ladrarle a las monjas por la calle,
cambiar mis dientes de leche por unos de refresco...
quiero contar tormentas y mentiras,
perderme en las listas de la compra,
estrellar un libro de poesía en norteamérica,
ser una metáfora sin pies por tu cabeza...
quiero que medite dios sobre mi muerte,
que recorra mi casa la legión francesa,
que confundan a un loco con un jueves en mi nombre,
que se piense
en qué medida depende la noche de una botella:
-¿un litro? ¿tres cuartos?-
quiero que sientan frío los gobiernos,
que padezca de insomnio cada nube,
que se apunte a cada biblia con un arma,
que se llenen
de escarcha tus ojos en la calle
-¿bailarás conmigo? ¿tendrás sed?-
quiero que me entierren en un buzón de correos

vino por la puerta de atrás
con forma de libro o sopa de sobre,
con nombre de marca de jerséis
y silbando la canción de moda
de otro país.
al principio no dijo nada.
se sentó en el sofá
y empezó a hacer ganchillo con nuestras vidas.
mirando de reojo la sombra de los gritos,
estudiando nuestra manera de perder el tiempo y
de tirarnos las cosas a la cabeza,
supo, exactamente, cuántos agujeros llevábamos en los bolsillos,
es más, predijo
el momento justo de romper nuestras promesas.
luego se levantó y limpió la casa.
cambió las sábanas,
deshizo las palabras de los armarios viejos,
y tiró a la basura a dios y otros adornos.
cuando hubo acabado nos reunió abajo,
se encendió un cigarro, nos miró a los ojos,
se dio la vuelta y nos dejó allí,
solos, con un puñado de años.